

LA “CULTURA DEL TIEMPO” EN ESPAÑA: LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN EL DISCURSO DEL FRANQUISMO

Claudio Hernández Burgos

Universidad de Granada, Spain. E-mail: chb@ugr.es

Recibido: 21 Marzo 2011 / Revisado: 13 Abril 2011 / Aceptado: 17 Abril 2011 / Publicación Online: 15 Junio 2011

Resumen: A lo largo de su existencia el franquismo se valió de los mitos para ofrecer a los españoles una imagen concreta de España. El uso de la Guerra de la Independencia y del mito del “Dos de Mayo” formaron parte de su interés por establecer un calendario festivo que marcara el ritmo de vida de los españoles. Unido a la Guerra Civil, los discursos y ceremonias de tal festividad permitieron un diálogo cultural constante entre Estado y sociedad. Atendiendo a tales elementos podremos observar la manera en que el franquismo construyó una auténtica “cultura del tiempo”.

Palabras clave: “cultura del tiempo”, fiesta, “Dos de Mayo”, Guerra de la Independencia, franquismo, mitos, nacionalismo.

Con este trabajo pretendemos acercarnos a la manera en que el régimen de Franco definió al conjunto de la sociedad la misión histórica que debía desempeñar en la historia de España. En concreto, tratamos de mostrar el uso que el franquismo hizo de la Guerra de la Independencia y del mito del “Dos de Mayo” para incorporarlo a la visión de la Patria que quería transmitir a los españoles. En primer lugar, analizamos el proceso de configuración de la interpretación franquista de tales acontecimientos de la historia de España, señalando aquellos elementos que el régimen subrayó especialmente para confeccionar su discurso sobre la nación. En segundo lugar, atendemos a las semejanzas y diferencias entre las imágenes del enemigo que fueron creadas en 1808 y 1936. En tercer lugar, nos centramos en la conmemoración que el franquismo hizo de estas “gestas heroicas” incorporándolas a su calendario festivo y moldeándolas de acuerdo

con sus aspiraciones. Finalmente, observamos cómo el discurso del régimen en torno a los acontecimientos de 1808 y su celebración evolucionó a lo largo del tiempo.

La Guerra Civil creó un régimen nuevo, el franquismo, que, desde sus inicios, se ocupó de elaborar un discurso sobre lo que debía ser España. Para ello el régimen se valió tanto de las ideas conservadoras propugnadas por el pensamiento reaccionario español y la Iglesia católica, como de las nuevas aportaciones realizadas por los fascismos surgidos en la Europa de entreguerras. De este modo, nacía una “dictadura fascistizada”, en cuyo seno convivirían a lo largo de toda su existencia diversas “culturas políticas” o tendencias ideológicas que tratarían de dotar de contenido al régimen.¹ Estas contribuyeron a la fabricación de un discurso sobre España, haciendo uso de los medios propagandísticos disponibles,² controlando el espacio público y el tiempo de los ciudadanos, y elaborando un discurso mitificado sobre la nación que suprimiera visiones alternativas de la misma.

En este sentido, la reelaboración del calendario festivo de la España franquista, a través del establecimiento de fechas clave, tuvo un peso relevante en la propaganda del régimen.³ Las fiestas, ritos y celebraciones de carácter político, religioso o tradicional, así como cualquier acto desarrollado en la vía pública, se convirtieron en plataformas excelentes para la nacionalización de la población y la interacción entre pueblo y Estado.⁴ Esto no significa que el franquismo fuera un régimen movilizador equiparable, por ejemplo, a la Italia de Mussolini. Y tampoco supone afirmar que las palabras y los símbolos

movilizaran por sí solos a las masas o lograsen su adhesión. Pero el uso de imágenes deformadas o interpretaciones mitificadas de la historia hizo que el régimen obtuviese el apoyo, el consentimiento o la pasividad de numerosos elementos de la sociedad.

A tal efecto el franquismo construyó una “cultura del tiempo”, acorde con sus postulados sobre la nación española. Al igual que los regímenes fascistas surgidos en la Europa de entreguerras, el régimen de Franco intentó definir el pasado, el presente y el futuro de España. En primer lugar, trazó una línea de continuidad con el pasado, pero sólo con aquellos acontecimientos que habrían de ser recordados por su pertenencia al “pasado glorioso” de la patria. En segundo lugar, hizo referencia a la “misión histórica” que a la nación le correspondía desempeñar, resaltando la importancia del momento presente. Y por último, manifestó una absoluta certeza por el futuro, mostrando a los ciudadanos que la vía ofrecida era la única válida para alcanzar de nuevo la grandeza nacional.⁵ Los tres planos quedaban enlazados, en la medida en que los españoles deberían tener un papel histórico concreto que, apelando a los momentos dorados de la Patria, permitiera la realización de empresas extraordinarias que garantizaran la repetición de tales ciclos de gloria. Esto implicó, la ordenación del tiempo de los españoles mediante la institución de una serie de referentes que marcaran su vida cotidiana. La “cultura del tiempo” franquista estuvo conformada por el conjunto de discursos, mecanismos y políticas empleados por el régimen que, persiguiendo la regeneración y renacimiento de la nación, definieron el pasado, el presente y el futuro que en base a su historia le correspondía a la Patria, tratando de imponer unos “ritmos” y “estilos temporales” precisos a la vida de los ciudadanos.⁶

El calculado calendario festivo del franquismo hacía referencia a los tres planos. En primer lugar, contenía conmemoraciones de gestas pasadas, borrando o reinterpretando aquéllas que habían estado ligadas a la República o al liberalismo. En segundo lugar, tales festividades permitían la interacción pueblo-Estado y su adecuación a la coyuntura dominante. Y, finalmente, el Estado marcaba de manera anual el *ethos* del franquismo y la idoneidad del camino escogido.

La utilización del “Dos de Mayo” por el “Nuevo Estado” resultó de gran utilidad para mantener viva la guerra. Durante la misma, las alusiones a los “héroes de la Independencia” y a la “raza española” actuaron como mito movilizador, justificación de la contienda y ejemplo a imitar por parte de los españoles de 1936. Alcanzada la victoria, el recuerdo del denostado siglo XIX “contagiado” por el liberalismo, sirvió para mantener a los españoles alerta y transmitirles el carácter imperecedero del triunfo de las armas. Al fin y al cabo, entre 1936 y 1975 muchos elementos del régimen cambiaron o evolucionaron, pero la concepción de que la guerra era patrimonio de los vencedores y la permanencia de la Victoria era algo innegociable para el régimen, puesto que en ella residía la base de su legitimidad y olvidarla hubiera supuesto el abandono de las mismas raíces de la dictadura.⁷

1. LA REINVENCIÓN DEL PASADO: LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN EL DISCURSO DEL FRANQUISMO

Como parte de la confección de su discurso, el franquismo se vio en la necesidad de definir una *política de la memoria*.⁸ El nuevo régimen trataría de transmitirles a los españoles qué acontecimientos y etapas de la historia patria debían permanecer vivos en su memoria y cuáles debían ser olvidados. Había que elegir los mitos, héroes y gestas que debían formar parte de la “Nueva España” y reinterpretarlos para que no desentonaran con los principios vertebrales del Estado. En efecto, toda comunidad necesita contar con unas referencias culturales que le den sentido de continuidad, asumiendo un pasado y proyectando un futuro para seguir existiendo.⁹ Y el franquismo conocía a la perfección qué pasado debía iluminar, qué lectura de éste debían hacer los españoles y cuáles eran los referentes e interpretaciones que debían ser desechados.

Si algún periodo debía erradicarse de la memoria de la nación ese era el siglo XIX. A lo largo del mismo habían penetrado las “ideas extranjeras” procedentes de la Ilustración y sus filósofos y de la “negativa” influencia de la Revolución Francesa. Los intelectuales liberales se convirtieron en el anatema de la “Nueva España”, como símbolo de una época de decadencia y de ignominia. Frente a ello, acontecimientos como la resistencia de Numancia o la Batalla de Lepanto, figuras como Viriato o el Cid, fechas tales como 1808 o 1492

y épocas doradas como el reinado de los Reyes Católicos o el Imperio de Carlos V, ocuparon lugar preferente en el imaginario del régimen. Los libros de texto, por ejemplo, fueron un vehículo idóneo para la transmisión de estas imágenes enfrentadas entre las futuras generaciones del régimen. Los manuales escolares cribaron interesadamente el pasado dedicando amplias referencias a aquellos acontecimientos y figuras que se consideraban “exponentes de la raza y del genio de España”.¹⁰ Pero también el cine, la prensa y el espacio público fueron resortes idóneos para indicar los “altos valores” que los tiempos pretéritos de la Patria representaban. El franquismo se presentaba como el heredero de todas las grandes virtudes hispanas y de ahí que fuera su deseo que la “Nueva España” entroncase con la vieja. Las conmemoraciones festivas orquestadas por el régimen mostraron esta voluntad de unión con el pasado de grandeza de España, bien fuera mediante actos dedicados a los caídos como la colocación de una lápida en el Alcázar de Sevilla por Gonzalo Queipo de Llano, bien en ceremonias rituales perfectamente organizadas como la del 20 de mayo de 1939 en la iglesia de Santa Bárbara de Madrid donde, ante numerosa simbología cristiana y martirial, el “Caudillo de España” ofreció su “espada invicta” a Dios.¹¹

El franquismo no era en absoluto original. Ideólogos conservadores precedentes habían apuntado la necesidad de volver a tiempos pasados estableciendo vínculos con acontecimientos presentes. El sentimiento de decadencia nacional y degeneración civilizatoria había estado presente en el pensamiento reaccionario español del siglo XIX. Fue sin embargo la crisis finisecular provocada por el desastre colonial del 98 la que contribuyó a potenciarlo. El regeneracionismo y el noventayochismo fueron las soluciones que el nacionalismo español intentó dar a este sentimiento decadentista. Así podemos verlo manifestado en el pensamiento de Ramiro de Maeztu, quien se lamentaba de que llamaran “cavernícolas a los españoles amantes de las glorias del pasado”; pero también en las ideas falangista defendidas por Giménez Caballero clamaba por el seguimiento de las doctrinas fascistas para olvidar las derrotas y “pesimismo españoles” y preparar “el resurgimiento hispánico”.¹² La Guerra Civil se convirtió en un campo abonado para que estas construcciones míticas se ensayaran y demostraran su eficacia. La necesidad de movilizar a los ciudadanos hizo

que mitos, símbolos e imágenes deformadas del adversario fueran utilizados para presentar la contienda como una empresa suprema de épicas dimensiones y logrando un considerable éxito en la generación de adhesiones y creación de una identidad colectiva.¹³ Por supuesto, no ha de olvidarse que los mismos discursos estuvieron contaminados por una importante carga retórica propia del ardor bélico del momento y que, con la pérdida de hegemonía de las potencias fascistas, disminuirían su radicalidad. Pero, aún teniendo en cuenta que otros elementos tales como la ubicación geográfica, el miedo o la necesidad resultan importantísimos para explicar la movilización y la toma de partido, no debemos menospreciar la eficacia de estos discursos.¹⁴

La guerra contra Napoleón fue, junto con la Reconquista de España, uno de los mitos más utilizados durante los años de la Guerra Civil, por su caracterización como lucha por la independencia de la Patria. La “guerra de liberación nacional” que se libraba en 1936 se situaba en el mismo plano de importancia. Así, las altas jerarquías de la Iglesia española, a los pocos días del “Alzamiento Nacional”, calificaron la guerra de “Cruzada religiosa”. La sacralización de la contienda otorgó caracteres de batalla final a la guerra y provocó que todo ciudadano hubiera de tomar partido por uno u otro bando. A ambos lados de las trincheras, se fueron elevando unas concepciones particulares de la guerra que se libraba. Resaltando unos aspectos y marginando otros, los dos bandos ofrecieron definiciones sobre quiénes eran los contendientes, de qué clase de lucha se trataba y cuál era la manera de ganarla.¹⁵ En esa construcción de la contienda, la selección del pasado tenía mucho que decir. La “Cruzada” contra los “rojos” resultaba fácilmente equiparable a la mantenida contra los “infeles musulmanes” o a la dura lucha sostenida contra el invasor francés y las ideas que encarnaba. Santiago Matamoros podía pasar a combatir “hordas comunistas” y, por qué no, los generales Varela o Aranda encarnar las míticas figuras de Daoiz y Velarde.¹⁶ *El Adelantado de Segovia* unió “los nombres ya consagrados de Gerona, Bailén, o Zaragoza a los del Alto de los Leones de Castilla, del Alcázar toledano y de Nuestra Señora de la Cabeza”.¹⁷ Todos ellos eran, en fin, expresiones del carácter propiamente español y de la esencialidad católica de la nación. Aunque definitiva y crucial, la Guerra Civil era un hito más en el historial heroico de la nación española que cuando estaba en peligro siempre

encontraba “buenos españoles” que la defendiesen. Las potencialidades del mito de la Guerra de la Independencia y de la obstinada resistencia al invasor no fueron desperdiciadas por ninguno de los dos bandos en liza. Los discursos confeccionados por el bando republicano durante la guerra, especialmente por el Partido Comunista, estuvieron plagados de constantes apelaciones al mito del “pueblo en armas” y al espíritu de resistencia de la nación española contra la “invasión extranjera”, ahora protagonizada por los fascismos.¹⁸ La interpretación que se hizo de la Guerra de la Independencia en la zona franquista fue diametralmente opuesta. Tanto ésta como la “Cruzada” eran considerados conflictos políticos, religiosos, sociales, clasistas y revolucionarios.¹⁹

El *aspecto religioso* fue uno de los más llamativos. Durante la Guerra de la Independencia los patriotas habían luchado en nombre de la religión católica e incluso los religiosos habían participado directamente en la contienda. Fue el caso del canónigo madrileño Baltasar Calvo, instigador de la matanza de Valencia en 1808, en la que perecieron unos 350 franceses y por la cual sería condenado a muerte.²⁰ Pero, en la guerra de 1936 el componente religioso multiplicó su presencia. La definición de la misma como Cruzada religiosa contra el infiel justificó numerosos actos de violencia en nombre de Dios. El discurso franquista decía ver en la contienda que habían librado sus antepasados contra Napoleón la expresión del fervor religioso y la fe de los españoles en defensa de la religión católica. José María Pemán se congratulaba, a través de las ondas de Radio Nacional, de cómo España, “al igual que lo hizo en 1808, volvía en 1936 a levantarse en su papel de guardiana de las esencias del espíritu y la civilización cristiana”²¹

Esta dimensión religiosa era connatural a la esencialidad de la Patria y enriquecía las virtudes propias de la España “de siempre”. La Guerra Civil era un hito más que demostraba la existencia de una permanente identidad española que se repetía a lo largo de los siglos.²² El negro sobre blanco del periódico *Ideal* consideraba que ambas gestas eran “alzamientos por la dignidad y por la Independencia de la Patria”, de tal manera que “la España de ayer y de hoy se han dado el abrazo de la redención”, demostrándole al mundo que “España no es un pueblo fácil de conquistar” y que “su resistencia no conoce límites”.²³ Los mitos de la resistencia

obstinada, hasta la muerte, por parte del pueblo español volvieron a recuperarse y tuvieron su mayor protagonismo en la ciudad de Zaragoza. La cómoda conquista de la capital aragonesa, considerada bastión republicano, y el supuesto milagro de que el templo de la Virgen del Pilar saliera indemne de los bombardeos de la aviación “roja” que trajeron a la memoria y a los discursos los célebres sitios de la capital aragonesa. Ejemplo de ellos serían las charlas pronunciadas en los cursos dados en la Academia Militar de Zaragoza por algunos profesores de la Universidad, donde se pusieron de relieve las concordancias entre ambos hitos y se revitalizaron mitos como el de la resistencia de Aragón.²⁴

A pesar de que la Guerra de la Independencia constituyera un episodio dorado de la historia patria, el franquismo pensaba que, a la vista de lo acontecido durante el siglo XIX, la victoria sobre las tropas napoleónicas no había tenido buenas consecuencias para España. A ojos de los ideólogos del régimen franquista el esfuerzo heroico realizado durante la guerra contra los franceses había resultado estéril, pues de la sangre derramada no había salido la “España deseada”. En los libros de texto destinados a la formación de los niños y jóvenes del “Nuevo Estado”, la Guerra de la Independencia aparecía representada como la última expresión de la “raza” en los inicios de un siglo considerado de decaimiento espiritual: “la Ilustración se abate contra la monarquía y la Iglesia” con un claro “signo antiespañol” puesto que “al entrar en España, los españoles se dividen en dos bandos irreconciliables: los tradicionalistas y los extranjerizantes”.²⁵

En la Guerra de la Independencia, “España lucha y vence y mantiene su geografía”, pero, a partir de entonces, “la familia real [...] vuelve a España para traernos las constituciones liberales, el sufragio... Y España sigue viviendo del dictado de los francmasones y los carbonarios...”. El Dos de Mayo pertenecía “al catálogo de las grandes realidades históricas” y la época siguiente “al de las más humillantes”.²⁶ El carácter liberal y anti-absolutista que en parte había caracterizado a la contienda decimonónica, no convergía con la idea de España defendida por los ideólogos franquistas y con la imagen que se quería transmitir a los españoles. El propio Menéndez Pelayo, había acusado a las Cortes de Cádiz de ser las causantes de una “España dividida en dos bandos iracundos e irreconciliables”, de haber

“llevado hasta el más ciego furor y ensañamiento la hostilidad hacia la Iglesia” y de llenar “las cabezas de los españoles de viento y sus corazones de saña”. Ahora, para el régimen franquista, en las Cortes gaditanas “estaba el germen de los males del siglo XIX”.²⁷ Por su parte, Ernesto Giménez Caballero se lamentaba de que quienes calificaba como “primeros facciosos” hubieran perdido la oportunidad de expulsar a los “enemigos” de España”.²⁸

En definitiva, la Guerra de la Independencia fue concebida como el precedente más cercano de la “Cruzada nacional” iniciada en 1936. Ambas eran guerras por la independencia de la Patria: la de 1808 contra los franceses y los afrancesados, la de 1936 contra Rusia y los “rojos”. Ambas también eran luchas propiamente españolas por la defensa de la consustancial fe católica de España. Ahora bien, el legado de la Guerra que se había iniciado en España, no podía desperdiciarse de nuevo como había ocurrido en 1808, por culpa del “virus doceañista liberal”. El objetivo era mostrar que la democracia no era adecuada para la nación española, estigmatizando los ensayos de 1812 o 1931 sin hacer apenas diferenciaciones ni entre dos sistemas que poco o nada tenían que ver, ni entre los inalterables enemigos que habían atacado a España a lo largo de su historia.

2.FRANCESES-RUSOS, AFRANCESADOS- ”ROJOS”... ENEMIGOS DE ESPAÑA

Si en algún aspecto la Guerra de la Independencia y la Guerra Civil se asemejaban ese era en la lucha contra el invasor extranjero. La demonización y deshumanización del enemigo habían estado muy presentes en la guerra contra los franceses. Así, el propio Napoleón aparecía caracterizado como “un emperador monstruo”, “malvado, ambicioso y principio de todos los males”.²⁹ Peor suerte incluso era la del monarca José I, hermano de Napoleón, al que le fueron atribuidos los más perversos vicios, como la afición a la bebida, lo cual no sólo le valió su apodo “Pepe Botella”, sino numerosas caricaturas y poesías en las que se le calificaba como “protector del cultivo de las uvas y catador experto de las cubas”. Los soldados napoleónicos fueron presentados como enemigos de la religión cristiana y, en este sentido, los “templos profanados” o las “divinas imágenes atropelladas”, fueron utilizados por los “patriotas” españoles para incitar al pueblo contra el “invasor”.³⁰ En la propaganda del bando español también hubo espacio para la

difusión de imágenes demonizadas del francés, en las que era presentado como maligno, herético, cruel y capaz de tropelías tan salvajes como la violación de monjas o el asesinato de curas, mujeres y niños. Una barbarie que se hacía más explícita en los *Desastres de la Guerra* de Francisco de Goya, en los que se mostraban desde asesinatos a sangre fría sobre la población indefensa hasta violaciones a mujeres por la soldadesca francesa.³¹ Algunos soldados galos reflejarían en sus memorias su rechazo a esa imagen de “salvajes” que les había sido adjudicada y contraatacarían acusando a los españoles de cometer crímenes crueles como el del general René en la localidad jiennense de La Carolina, descuartizado y arrojado en aceite hirviendo.

Los afrancesados fueron tildados de seres ajenos a la Patria española. Menéndez Pelayo les acusaba de infiltrar la masonería en el cuerpo de la Patria, de elaborar obras “corrosivas e inmorales” y de atacar al catolicismo. Las visiones del polígrafo español habían sido las reinantes entre algunos grupos de patriotas que los veían como traidores a la Patria. Aunque la imagen de los afrancesados cambió con el paso de los años, la llegada del franquismo los transformó nuevamente en antipatriotas e introductores en España del “perverso” enciclopedismo.³²

En efecto, la dictadura franquista vio en la influencia francesa y en el contacto con las ideas extranjeras, las razones fundamentales del decadentismo experimentado por España en el siglo XIX y de la desfiguración de sus esencias. A juicio del régimen, “nuestra continua relación con la Corte francesa” durante el siglo XVIII era la causante de “la penetración de las ideas lanzadas por aquellos seudo filósofos enciclopedistas [...] y de la inoculación, “del virus del ateísmo que va minando los espíritus”.³³ Ese contacto con las ideas ajenas al cuerpo de España marcaba el periodo negro de la “cultura del tiempo” franquista, señalando con precisión dónde se cortaba la trayectoria gloriosa de la patria y qué elementos habían provocado esta desviación.

Al estallar la Guerra Civil española, los discursos confeccionados por el bando sublevado se valieron de los mismos patrones que habían venido perfeccionándose a lo largo de décadas en el pensamiento reaccionario español. La deshumanización y la extranjerización del enemigo y la rememoración

y difusión de las “atrocidades” cometidas por los “rojos” resultaron fructíferas herramientas para avivar la movilización bélica y conseguir el apoyo de las familias damnificadas.³⁴ El proceso de extranjerización partía de la misma convicción de que la lucha armada no era una guerra civil sino una batalla de mayor trascendencia que se libraba contra extranjeros.

Ciertamente, esos hombres “han dejado de ser españoles”, “no lo son”, “no tienen Patria”. Son la “canalla y la hez del mundo”, “engendros del infierno”, “una horda de asesinos que, aunque nos duela el calificativo, han dejado de pertenecer a España”. Aunque en 1808 su hubiera luchado contra franceses y en 1936 se combatiera a los rusos, el discurso franquista veía en ellos a los “enemigos de siempre”: “se mudaron los nombres, pero los hechos son iguales”.³⁵ Sometidos a una profunda descalificación, los “numerosos atropellos y asesinatos” por ellos cometidos hacían que los enemigos perdieran su condición humana. “Bestias salvajes”, “hordas sedientas de sangre”, “bárbaros asiáticos malnacidos” o calificativos similares eran algunas de las imágenes que la prensa o la literatura del bando franquista ofrecían del enemigo. El catedrático, periodista y posterior alcalde franquista de Cabra, Ángel Cruz Rueda, destacaba de los “rojos” que eran “fríos como reptiles, carniceros como hienas, sensuales como monos, avaros como prestamistas, monstruos como la imaginación no sabe comparar...”. Provenientes de Rusia y de la “Francia indigna de siempre”, Cruz tenía claro que se combatía contra “despechados”, “ambiciosos” e “invertidos”.³⁶ La descalificación del enemigo fue un mecanismo muy eficiente para acotar la comunidad franquista, fijando en las mentes de los españoles el recuerdo de un periodo nefasto –la “dominación roja”– ajeno a la trayectoria histórica de España, que el franquismo no dejaría que volviera a repetirse.

El ataque contra las esencias hispanas y la peligrosidad del enemigo que se combatía hacían necesaria que la batalla tomara magnitudes épicas. Urgía extirpar, de una vez por todas, el “cáncer” del liberalismo que había generado la decadencia española. Si se quería erradicar a los representantes de la anti-España la lucha debía condensar todas las virtudes patrióticas. Estar imbuida “con el mismo criterio cardial y el mismo espíritu rector” que la de 1808, pero sin una derrota “que España no puede imaginar siquiera que pueda repetirse”.

En definitiva, había de darse un paso más que el efectuado más de un siglo atrás contra el invasor francés. Como escribía el periodista Antonio Olmedo en su diario de guerra, “en 1809 hicimos una guerra de independencia; en 1936 es además de reconquista”.³⁷

La necesidad de que la sangre de los españoles no volviera a traicionarse y la convicción de que el enemigo de 1936 era más peligroso que el de 1808, le sirvieron al franquismo para justificar un férreo control sobre la población y mantener en alerta permanente para no repetir errores pasados. En el siglo XIX España había vencido al invasor francés, pero “luego no supimos vencer a los afrancesados”. Lograda la victoria por las armas franquistas en la guerra, había que continuar luchando en la paz para evitar la vuelta de “los enemigos de España”. Pemán lo afirmaba rotundamente: “el peligro no está en los rojos, sino en los enrojecidos”.³⁸ Para alcanzar tal objetivo, los ideólogos del régimen decían contar con una grandísima ventaja respecto a 1808: el liderazgo de un “Caudillo”. La figura mesiánica de Franco suponía la garantía de que la victoria sería fructífera y no perecería.³⁹ La represión y las políticas activadas por el régimen para la consecución de apoyos fueron los instrumentos para su consecución.

3. EL “DOS DE MAYO”: SIGNIFICADO Y AUGE DE LA FESTIVIDAD (1936-1945)

El 12 de abril de 1937 –un año después de las elecciones que habían dado el triunfo al Frente Popular– Franco suprimió las fiestas republicanas y decretó que la Fiesta Nacional de su incipiente calendario festivo sería el “Dos de Mayo”.⁴⁰ El texto del Decreto respondía a la necesidad de ir confeccionando un calendario de festividades esenciales para la nación española, decidir qué días serían señalados en rojo en el almanaque de los españoles y dejar explícitos cuáles eran los referentes mítico-culturales de la “Nueva España”.⁴¹ Pero la finalidad principal del Decreto no era tanto configurar la política conmemorativa del nuevo régimen como acabar con la del viejo. La fecha de su promulgación no era casual, había que evitar por todos los medios que los españoles creyeran que el 14 de abril, fecha de instauración de la Segunda República, algo debía ser celebrado. El contenido del mismo dejaba claro que no era posible “dejar con subsistencia” aquellas fechas marxistas o que trataban de borrar la historia de España.

La conmemoración de las fechas de proclamación de ambas repúblicas -11 de febrero y 14 de abril- y la fiesta del Trabajo -1 de mayo- volvían a ser días hábiles para los ciudadanos, adoptándose la denominación de Año Triunfal para el lapso de tiempo transcurrido desde el 17 de julio de 1936. Destruído el edificio republicano, también en su dimensión festiva y simbólica, quedaba la tarea de emprender la construcción del calendario oficial del régimen de Franco.⁴²

Con el inicio de la Guerra Civil, los ideólogos del régimen afianzaron su creencia en el carácter socializador de las celebraciones, ceremonias y actos públicos que ya la derecha europea venía explotando como herramienta ideal para la transmisión de las ideas fundamentales de su programa.⁴³

La anormalidad característica de las fiestas y los escenarios creados al efecto, resultaban de gran utilidad para la creación de identidades colectivas y el fortalecimiento de la cohesión interna de la comunidad nacional.⁴⁴ Tales potencialidades no fueron desaprovechadas por el franquismo que inmediatamente confeccionó el nuevo programa festivo en torno a dos ejes fundamentales que aglutinaban a las derechas: la Patria y la religión. Ambos pilares estuvieron presentes en toda fiesta o conmemoración, retroalimentándose y escenificando plenamente la realidad de la “Nueva España”.

No obstante, a pesar de que el proceso de confección del calendario festivo franquista fue una obra impulsada desde el Estado, el papel de la sociedad española en cada una de las celebraciones no fue meramente subordinado. Al contrario, como en muchas otras esferas, la dimensión festiva y ceremonial del régimen también fue construida “desde arriba” y “desde abajo”. Si bien el régimen marcaba la pauta respecto a los preceptos a seguir en cada acto, había factores que permitían al pueblo una participación más activa de lo que cabría pensar, en la medida en que las fiestas hacían más flexibles, aunque fuera de manera provisional, las jerarquías sociales existentes.⁴⁵ De una parte, el componente religioso provocaba que fueran muchos los ciudadanos que tomaran parte activa de festividades tales como el Corpus Christi o la Semana Santa. Incluso cabía la posibilidad de que individuos abiertamente anticlericales sintieran una profunda devoción por una determinada Virgen o Santo y participaran en festividades de este tipo alentados por el fervor

y el entusiasmo, máxime cuando éstas eran presentadas durante la guerra y la inmediata posguerra como un acto de redención y desagravio.⁴⁶ De otra parte, el factor folklórico y tradicional, que ofrecían fundamentalmente las celebraciones de carácter local –como pudieron ser las festividades dedicadas a los patronos, romerías o la Fiesta de la Cruz– creó lugares de divertimento y ocio, que permitieron a los ciudadanos expresarse con menores restricciones en un mundo marcado por el silencio y la rutina de la vida diaria. En resumen, las fiestas se convirtieron en auténticas “arenas de combate” donde el Estado, el pueblo y las diferentes culturas políticas convivientes en el seno del régimen, trataron de imponer sus visiones y lucharon por el control de espacios, símbolos y tradiciones.

En la festividad del “Dos de Mayo” se pusieron de relieve todos los rasgos comentados. El régimen debía señalar qué había de celebrarse y qué no, cómo debía ser la conmemoración y dónde debía producirse. Se trataba de controlar la festividad en todas sus dimensiones para configurar una “cultura del tiempo” acorde con sus postulados. En primer término, su celebración tenía un origen claramente liberal al haber sido declarada Fiesta Nacional por las Cortes de Cádiz. A lo largo del siglo XIX el “Dos de Mayo” siempre había tenido un carácter liberal y, aunque había sido objeto de disputas desde sus comienzos, liberales, demócratas y republicanos insistieron constantemente en que el levantamiento del pueblo había sido una “revolución nacional” que no sólo pretendía expulsar las ideas extranjeras y las innovadoras doctrinas procedentes de Francia. Una celebración que, a pesar de lo dicho, no se vio excesivamente potenciada por el Estado republicano, al considerarse que el pueblo “fanatizado” de 1808 no representaba al de 1931.⁴⁷ Por tanto, resultaba urgente erradicarla de todo lo que oliese a liberal, democrático o “rojo”. ¿Cómo podía permitir el régimen franquista que una fiesta españolísima como el Dos de Mayo quedara en manos de la “barbarie marxista”? Con motivo de la celebración en 1939, el diario gijonés *Voluntad* señalaba con precisión dónde radicaba el mal: “La fiesta del dos de Mayo [...] ha recobrado por fin su significación [...]. Ni morriones, ni espingardas, ni el chin chin del Himno de Riego”. El vallisoletano Antonio Tovar acusaba a la República de ser la culpable del decaimiento de la conmemoración, en beneficio “del 1 de mayo proletario con bandera y borrachera por la Casa

de Campo de Madrid”. Aunque en el siglo anterior se había establecido la festividad, con la llegada de la República “ya no se iba sabiendo que hacer con ella”. Desde 1931 se había reducido “a una mera fiesta de la Independencia como la que tienen los países pequeños” y eso era, a juicio de Tovar, “empequeñecerse demasiado”.⁴⁸

Por el contrario, la fiesta debía responder a características “más españolas”. A este fin – como vimos anteriormente– se dedicaron editoriales de prensa, charlas radiadas y discursos mediante comparaciones entre 1808 y 1936. Pero, paralelamente, sirvieron para marcar otros caracteres inalienables de la raza española tales como el arrojo, la valentía, la resistencia, la ausencia de miedo ante la muerte o la fe religiosa. El diario *Patria* de Granada, describía ambos levantamientos como “caracteres inconfundibles del genio de una raza indomable”. La epopeya del “Dos de Mayo” tenía rasgos “de estos acontecimientos que no obran los hombres singulares”. El reflejo de estos “rasgos típicamente españoles” se veía en quienes en 1936 se levantaban contra la República Española: “nos sentimos reconfortados al considerarnos legatarios y continuadores de tan noble estirpe y tan encumbrados héroes”. A juicio de la prensa madrileña, esta “gesta nacional” reflejaba el momento en que España se “encontraba a sí misma” y “reconocía su misión histórica”.⁴⁹ 2 de mayo de 1808 y 18 de julio de 1936 constituían situaciones equiparables, expresiones del “genio de un pueblo” y momentos de peligro para la independencia de la Patria.

La celebración del Dos de Mayo tendría, al fin, “dimensiones propiamente españolas” y el franquismo quiso dejar muy claro las significaciones de tan importante fecha. El primer año de su conmemoración, en 1937, falangistas y tradicionalistas conmemoraron la fiesta activamente. Actos religiosos con misas de campaña fueron el hilo conductor de las celebraciones realizadas en la “España liberada”. En Córdoba, la Catedral de la ciudad se presentaba engalanada con banderas de España, Falange y de los países “amigos”. Desde la escalinata del Arco de las Bendiciones, el falangista Villa y Ruiz Bustamante comparaba las “virtudes de la raza y su inquebrantable esfuerzo contra Napoleón” y recordaba cómo ahora los españoles luchaban “para librar al suelo patrio de la vileza de los

sicarios de Moscú”. En Granada, era el inspector de Primera Enseñanza, Felipe Baena, el encargado de calificar ambas luchas como ejemplos de “las esencias de la raza española” y “guerras contra el invasor”.⁵⁰

La existencia de un cierto acuerdo entre las diferentes culturas políticas del régimen respecto a la necesidad de desproveer de elementos liberales y republicanos a la fiesta, e impregnarla de rasgos “propiamente españoles”, no quiere decir que falangistas y conservadores se abstuvieran de intentar la puesta en marcha de una celebración acorde con sus postulados. En este sentido, mientras los más tradicionalistas señalaban el talante contrarrevolucionario y católico de la festividad, Falange exaltaba elementos tales como la independencia nacional o la lucha por la unidad de España.⁵¹ No obstante, las pugnas se solventaron en poco tiempo, pues la festividad quedó en manos de Falange y se revistió de todos los símbolos y rituales propios del fascismo. Esto se debió, a nuestro juicio, a dos factores fundamentales. Por un lado se trataba de una de las festividades con menor vinculación religiosa dentro de todas las instauradas por el nuevo régimen. Por otro, era una celebración popular, puesto que el levantamiento del 2 de mayo había sido del “pueblo en armas” y, por tanto, encajaba mucho mejor con la concepción falangista de éste como eterno relicario de las esencias españolas del que se pedía una participación activa en el Nuevo Estado.⁵²

El lugar de celebración de los actos resultó de vital importancia en el proceso de configuración de la “cultura del tiempo” franquista. Desfiles, entierros, manifestaciones, arengas, fiestas, etc., se desarrollaron en zonas concretas y seleccionadas del espacio urbano, permitiendo a amplios sectores sociales relacionarse con el “Nuevo Estado” y dotando de significado cada festividad. El escenario de las ceremonias varió de unas provincias a otras. En 1938, los ciudadanos granadinos acudieron a la Cruz de los Caídos a depositar coronas de laurel en honor de “los héroes del Dos de Mayo y de nuestros caídos”.⁵³ Las organizaciones juveniles de la Falange sevillana optaban por ofrendar “una monumental corona con lazos de los colores nacionales y del Movimiento” ante la estatua de Daoiz, dando, los pertinentes gritos de “¡Presente!” a los caídos en ambas guerras. Sin embargo, hubo de buscarse una solución arquitectónica que representara a los caídos en 1808 y sirviera como ejemplo a los españoles de

1936. Así, a lo largo de estos años, se levantaron sencillos obeliscos en el conjunto de las urbes españolas, que no contaron con más adorno que el de inscripciones tales como “Héroes de la Independencia ¡Presentes! 2 de mayo de 1808-18 de Julio de 1936”. En el obelisco situado en 1940 en Granada se leía en tinta negra la inscripción “2 de mayo de 1808; 18 de junio de 1936. Mártires de la Independencia”. En el monumento alzado en el Paseo de Italia de Palencia, se había grabado “caídos por la Independencia: ¡Presentes!, 2 de Mayo de 1808-18 de Julio de 1936”, rotulándose con plantas y arena las palabras: “¡Arriba España!, ¡Franco, Franco, Franco!”- Idénticos o parecidos lemas se habían labrado en el túmulo instalado junto a la Cruz de los Caídos en Córdoba, en el obelisco levantado en la Plaza Mayor de Salamanca o en el erigido en la plaza José Antonio de Gijón.⁵⁴ Como ocurriría con las cruces de los caídos, pasados los años de la guerra, la construcción no reglada de los monumentos se vería frenada por una institución superior. En este caso, la Delegación Nacional del Frente de Juventudes fue la encargada de regularizar el proceso constructivo de los doscientos obeliscos que se preveían erigir: “Los obeliscos que se erijan recordarán en su arquitectura al del Paseo del Prado de Madrid y se alzarán en las plazas céntricas de las principales ciudades y villas españolas. En su base se inscribirán estos dos versos de las famosas décimas de Bernardo López García: “Que no puede esclavo ser, pueblo que sabe morir”.⁵⁵

En lo referente al ritual de celebración, su pensada escenografía sirvió para poner la cultura franquista en Movimiento, configurar significados acordes con su ideología y permitir que la gente participase en las ceremonias. Tales rituales también fueron regulados por la Delegación Nacional del Frente de Juventudes y siempre se desarrollaron dentro de la “estética falangista”. Los miembros de las Organizaciones Juveniles de Falange permanecían junto al monumento haciendo guardia a lo largo de toda la noche, iluminados sólo por el tenue fuego de dos pebetes encendidos. A la mañana siguiente, se hacía el último relevo de “flechas” y cadetes al ritmo de los acordes marcados por el himno nacional. El discurso de un “flecha” significado en la Organización Juvenil de Falange en presencia de las autoridades no podía faltar en la celebración. En ellos, fue norma común la comparación entre las “gestas” de 1808 y 1936 y la puesta de relieve del carácter ejemplarizante de lo

sucedido a principios del siglo XIX. En Granada quien mejor que el hijo del alcalde, Antonio Gallego Morell, para ejemplificar el espíritu de la raza hispana y las semejanzas entre ambas gestas: “venimos ante el obelisco que señala vuestros cuerpos rotos y vuestro espíritu vivo a recibir un ejemplo y a tomar una lección”, la de los que “hicieron estéril vuestra victoria e infecunda vuestra sangre”. En Girona, el jefe provincial de las Organizaciones Juveniles, iba más allá y aseguraba que el gobernador militar Álvarez de Castro –“héroe” de los Sitios de la ciudad en 1809– “y los gerundenses que le acompañaban, hubieran luchado al lado de Franco, como lo hicieron los buenos patriotas”.⁵⁶

A lo largo de estos primeros años de claro tono fascistizante, la celebración y la construcción de monumentos conmemorativos vivió sus años dorados. La interesante moraleja que se derivaba del “Dos de Mayo”, el hecho de trocar una festividad liberal en franquista, o la íntima asociación con del “culto a los caídos” tan crucial para los falangistas, hizo de la conmemoración una fuente propagandística de enorme poder socializador. Por una parte, el franquismo supo adaptar la festividad a sus intereses, aplicándola a decisiones políticas como la Unificación de abril 1937, estrechando los lazos de amistad con Alemania mediante la invitación de las jerarquías nazis a los actos conmemorativos, y, en definitiva, ayudando al reforzamiento de la legitimidad de la dictadura. Por otra parte, al igual que otras festividades creadas o reinventadas por el régimen, las ceremonias del “Dos de Mayo” controlaban el espacio, creando ámbitos de comunión entre pueblo y Estado y marcando una ruptura en la rutinaria vida cotidiana. Sin embargo, al contrario que otras fechas, la conmemoración de la lucha contra Napoleón, empezó a languidecer conforme la Guerra Civil se alejaba y los falangistas se batían en retirada.

4. UNA GUERRA “INCÓMODA”: DECADENCIA Y REDEFINICIÓN TRAS LA II GUERRA MUNDIAL

El cambio de situación en la II Guerra Mundial y la pérdida de terreno por parte de las potencias del Eje, hizo que el Estado español emprendiera una campaña de *desfascistización* del régimen para evitar la caída de Franco. Por un lado, se tomaron decisiones de carácter simbólico, como la supresión del saludo fascista, pero, al mismo tiempo, se acometieron acciones más directas,

como la retirada de la División Azul de la URSS o el paso de España de potencia “no beligerante” a “neutral”. De este “desmontaje” de los elementos más fascistizados tampoco se librarían las festividades, puesto que era en el espacio público donde el franquismo mostraba su cara al exterior. Por tanto, se hacía necesario liberar las calles de la parafernalia y símbolos fascistas, para dejar paso a las “riadas” de españoles que manifestaran su apoyo a su cuestionado Caudillo.

La celebración del “Dos de Mayo” se vio muy severamente afectada por la desfascistización. La íntima asociación que la fiesta había tenido con el Partido y, en especial, con las Organizaciones Juveniles, provocó un decaimiento de la fiesta no sólo en lo referente al “estilo falangista”, sino a la propia celebración. En 1947, el ceremonial organizado en Girona quedaba reducido a una ofrenda de coronas por parte de los miembros del Frente de Juventudes y una lección en el Hogar del Frente de Juventudes. Un año más tarde, se levantó un efímero obelisco en la plaza de Calvo Sotelo de Guadalajara, ante el cual las Falanges Juveniles ofrecían una corona de laurel a los “héroes de 1808” y un cadete leía una “lección patriótica” destacando la bravura y el ejemplo “de los que cayeron por la independencia”. Mientras tanto, las centurias del Frente de Juventudes de León, Palencia, Santander y Asturias se daban cita en el Colegio de la Inmaculada de Gijón, “donde tuvo lugar la histórica epopeya del Cuartel de Simancas”, para, después de celebrar una misa, acudir ante el obelisco conmemorativo de la gesta, a depositar unas sobrias coronas de laurel.⁵⁷

A pesar del deslucimiento de la fiesta, el discurso falangista siguió manteniendo la identificación entre 1808 y 1936, señalando el carácter imperecedero del heroísmo español y recordando a los españoles quién amenazaba la independencia de la Patria. Para el diario falangista *Patria*, los sucesores de 1808 habían librado “primero nuestra batalla de independencia contra el enemigo marxista y después [...], contra el cerco cobarde de las democracias”. El Jefe Provincial de Falange en Asturias, José Macián Pérez, resaltaba en 1948 el valor de la independencia española, “desaparecido con vergonzante estrépito entre frases de los apóstoles de la democracia y manotazos codiciosos del totalitarismo moscovita”.⁵⁸

En cuanto a la celebración, aunque experimentara un decaimiento considerable respecto a su grandilocuencia, en las localidades que habían tenido un papel destacado durante la Guerra de la Independencia siguió manteniendo un cierto relieve. En Madrid, por ejemplo, la mañana del 2 de mayo de 1951 se organizó una procesión que recorrió distintos barrios de la capital depositando coronas ante los monumentos dedicados a los “héroes del Dos de Mayo” y en la casa donde vivió y murió Daoiz. Por la tarde un considerable contingente de fuerzas militares desfilaba ante el “obelisco de la lealtad” en el Paseo del Prado, tras una solemne misa de campaña.⁵⁹ El franquismo se apropiaba así de un monumento de profunda inspiración liberal que, de hecho, había visto interrumpida su construcción por la vuelta del absolutismo a España en 1823, reanudándose en 1836 y concluyéndose en 1840. Mayor relevancia tendría el nombramiento de Franco como “alcalde perpetuo de Móstoles”.

En el Palacio del Prado, ante 5.000 Falanges Juveniles el concejo municipal de Móstoles ofrecía en 1953 la Alcaldía perpetua de la ciudad al Caudillo quien, “visiblemente emocionado”, recibía el bastón de mando de la villa madrileña. Franco quedaba así enlazado con la Historia, a través de Andrés Torrejón, el alcalde de Móstoles que en 1808 “había lanzado el primer grito de la Independencia”.⁶⁰

Además, aunque la “primavera falangista”⁶¹ experimentada a partir de 1948 no lograra revitalizar la festividad y ponerla en sintonía con sus intereses, el franquismo supo encontrarle otras potencialidades. La lucha por la independencia que habían protagonizado los españoles en 1808 contra las tropas napoleónicas podía equipararse, a juicio de los ideólogos del régimen, con la resistencia que España estaba ofreciendo frente a la intromisión de las potencias extranjeras en los asuntos internos de la nación. Así, desde las páginas de *La Vanguardia*, se veían las manifestaciones de adhesión a Franco en 1947 como el nuevo grito del pueblo español en defensa de su independencia y la defensa a ultranza de la Victoria como “patrimonio y blasón” de quienes la procuraron.⁶² La lucha por la independencia de España y en contra de las “ideas extranjeras” seguía siendo un pilar fundamental en la interpretación franquista de la historia de España y en la configuración de su “cultura del tiempo”.

Consciente de la necesidad de adaptarse a los tiempos y de la importancia de su imagen externa, el franquismo fue transformando tanto sus discursos como sus políticas para la obtención de apoyos. A mediados de los años cincuenta y con la mejora de las condiciones de vida, el franquismo fue destilando una “retórica de la paz” que, basada en el orden y la seguridad, se extendió en los años sesenta con el desarrollismo económico. Pero se trataba de una paz entendida como correlato de la Victoria, por lo que ideas como la permanencia de la “Cruzada” permanecieron inalterables. Transformaciones y continuidades que también iban a tener resonancia en los mitos de los que se había valido el régimen. La modificación de los ceremoniales, la postergación de unas fechas en beneficio de otras, los desequilibrios entre componentes patrióticos y religiosos o el papel de la población en las celebraciones, son buena prueba de ello. A pesar de ello el franquismo no renunció a sus mitos, sino que los dotó de un nuevo significado. Si la Guerra de la Independencia y el “Dos de Mayo” habían servido para mostrar los “anhelos imperiales” y la capacidad movilizadora de la Falange allá por 1940, a la altura de 1958, en el 150 Aniversario del comienzo de la Guerra, la “heroica gesta” todavía tenía valores que ofrecer al régimen.

A este objetivo responden conmemoraciones tales como el aniversario de la Batalla de Bailén. La derrota de los franceses en esta localidad jiennense merecía ser recordada convenientemente mediante la creación de una comisión organizativa nacional de los actos y la apertura de una suscripción nacional a beneficio de la misma. El “héroe” de la Bailén, el general Castaños, sería el ejemplo a seguir por los españoles de entonces como “figura providencial que surge en las horas cruentas de angustia, de desorientación y de infortunio, para restablecer la confianza en los corazones”.⁶³ Del mismo modo, en Zaragoza, la Cátedra Palafox que había sido creada en 1955, constituyó un escenario idóneo de participación e inserción cultural de militares, eclesiásticos, camisas viejas y nuevas o miembros de las poderosas familias católicas de la ciudad. En el seno de la misma se desarrollaron hasta once conferencias con motivo del 150 Aniversario de la guerra contra Napoleón.⁶⁴

Pero el discurso que ofrecía el franquismo mostraba a estas alturas sus limitaciones. El relato de una Guerra Civil “heroica” y los mitos históricos sobre los que se había asentado,

empezaron a ser cuestionados.⁶⁵ De esta manera, “La memoria oficial” de la “epopeya de la raza” obrada por los “héroes del Dos de mayo” ya no resultaba creíble. El mito de la Guerra de la Independencia se tambaleó en la conferencia pronunciada por José María Jover Zamora, al mencionar en su discurso la necesidad de mirar a Europa y al “proscrito” siglo XIX. Del mismo modo, la magnificencia que se le presuponía a los actos del “Dos de Mayo” de 1958 no fue la esperada. La prensa española no hizo excesivas alusiones a la conmemoración y en la ciudad de Madrid el periodista Francisco Casares se quejaba de la escasa importancia dada al aniversario: “poco se ha hecho ciertamente. No más que todos los años”.⁶⁶ A lo largo de los años sesenta el franquismo empezaba a perder la fuerza de sus referentes temporales, fallaba a la hora de ofrecer una visión convincente del futuro y su calendario festivo parecía perder su eficacia para disciplinar el tiempo de los españoles, evidenciando que cada vez estaba más apartado de la sociedad. Los mitos del régimen quedaban para una minoría nostálgica de “epopeyas nacionales” que manifestaba su adhesión a la legitimidad de origen del régimen y rechazaba cualquier intento por alterarla.⁶⁷ La consecuencia era evidente: la “cultura del tiempo” del régimen se estaba desplomando.

CONCLUSIONES

La definición, instauración y celebración de la fiesta del “Dos de Mayo” en el calendario del régimen, sólo fue una pieza de un proyecto de mayor envergadura. Desde sus inicios, el franquismo trató de abarcar todos los ámbitos, estar presente en la vida pública y privada de los españoles y configurar, con la mayor precisión posible, visiones del mundo e imaginarios colectivos que debían ser aprehendidos por la sociedad. En este sentido, las festividades fueron un elemento primordial. En primer lugar, con ellas, el franquismo adoctrinaba a los ciudadanos y les trasmitía valores y enseñanzas. En segundo lugar, creaba espacios de interacción entre el Estado y la sociedad a través de la cultura, posibilitando la participación de los ciudadanos y su identificación con los postulados franquistas. En tercer lugar, al establecer sus festividades, el franquismo borraba las conmemoraciones de la República, ofreciendo un contramodelo fraguado en su particular interpretación del pasado y apoyado en las imágenes negativas del enemigo. Por último, el régimen se autolegitimaba y

legitimaba la Guerra Civil que le había dado a luz.

Pero, ante todo, el franquismo pretendía crear una “cultura del tiempo”. El régimen trató de imponer unos determinados ritmos a los españoles, mediante instrumentos como la misa, la participación de los ciudadanos en las instituciones, las actividades de las organizaciones y la configuración de un calendario plagado de actos y festividades. Con el uso de mitos y conmemoraciones como el “Dos de Mayo”, el franquismo definía el pasado, delimitando cuál era el de la “verdadera España” y cuál no; articulaba el presente, ofreciendo mitos acordes con la coyuntura nacional o internacional y con aquéllos valores que se querían transmitir en cada momento; y, finalmente, proyectaba un futuro, esbozando lo que debía ser España, el camino que faltaba por recorrer y la necesidad del sacrificio colectivo para conseguir la “Patria deseada”. Este impulso “desde arriba” se vio complementado por otro “desde abajo”, ofrecido por el pueblo que, desde su posición, también daba forma y participaba en aquello que unía a mucho españoles: la “Cultura de la Victoria”.

NOTAS

¹ Vid. Saz Campos, I. *Franquismo y fascismo*. Valencia, PUV, 1999; y, aunque con otras connotaciones, el término “parafascismo” propuesto en Aristotle Kallis: Kallis, Aristotle. “Fascism, Parafascism and fascistization: On the similarities of three conceptual categories”, *European History Quarterly*, 2003, 33 (2), 219-259.

² Sevillano Calero, F. *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo*, Alicante, Universidad, 1998.

³ Box Varela, Z. “El calendario festivo franquista: tensiones y equilibrios en la configuración inicial de la identidad nacional del régimen” en Moreno Luzón, J. (ed.). *Construir España: nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, CEPC, 263-288.

⁴ Mosse, G. L. *La nacionalización de las masas*. Madrid, Marcial Pons, 2001.

⁵ Sabrow, M. “Time and legitimacy: Comparative Reflections on the sense of time in the two German dictatorships” en *Totalitarian movements and political Religions*, 2005, 6 (3), 351-369; Nelis, J. “Modernist Neo-classicism and Antiquity in the Political Religion of Nazism: Adolf Hitler as Poietes of the Third Reich”, *Totalitarians movements and political Religions*, 9 (4), 2008, 475-490. Gentile, E. *Fascismo: Historia e interpretación*, Madrid, Alianza, 2004, 240 y ss.

⁶ Sabrow, M. “Time and legitimacy... op. cit., 353-354; y del mismo autor “The use of the history to

legitimize political power: the case of Germany” en Swoboda, H. y Wiersma, J. M. (eds.). *Politics of the past. The use and abuse of History*, Bruselas, Renner Institut, 2009, 97-103.

⁷ Richards, M. “El régimen de Franco y la política de la memoria durante la guerra civil española”, Aróstegui, J. y Godicheau, F. (eds.). *Guerra Civil. Mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2006, 167-200; Aguilar Fernández, P. *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza, 1996, 64 y ss.

⁸ Lebow, R. «The Memory of politics in Postwar Europe» en Lebow, R. et al. (eds.). *The Politics of Memory in Postwar Europe*. Duke University Press, Durham, 2006, 11-24.

⁹ Moreno Luzón, J. “Mitos de la España inmortal. Conmemoraciones y nacionalismo español en el siglo XX” en Forcadell, Carlos et al. (eds.). *Discursos de España en el siglo XX*, Valencia, PUV, 2009, 123-124

¹⁰ Boyd, C.. *Historia Patria: política, historia e identidad nacional en España*. Barcelona, Pomares, 2000.

¹¹ *ABC de Sevilla*, 20 de julio de 1937; Redondo, G. *Historia de la Iglesia en España, 1931-1939*, Madrid, Rialp, 1993, Tomo II, 623-632.

¹² Saz, I. “Paradojas de la historia, paradojas de la historiografía, las peripecias del fascismo español”, *Hispania*, 207, 2001, 154-155; Maeztu, R “El ser de la Hispanidad V”, *Acción Española*, 31, 1933, 23-30; Giménez Caballero, E. “Carta a un compañero de la Joven España”, *La Gaceta Literaria*, 52, 1929.

¹³ Cruz Martínez, R. “La cultura regresa a primer plano” en: Cruz Martínez, R. y Pérez Ledesma, M. (eds.). *Cultura y movilización en la España Contemporánea*. Madrid, Alianza, 1997, 13-34.

¹⁴ Las motivaciones que produjeron el enrolamiento en ambos bandos fueron muy variadas y no siempre respondieron a un reclutamiento forzoso como se defiende en Seidman, M. “Frentes en calma de la Guerra Civil”, *Historia Social*, 27, 1997, 38; Para una interpretación diferente véase Hernández Burgos, C. “Dinero y brazos: el apoyo de los ciudadanos granadinos al bando sublevado en el verano de 1936”, *Actas del II Encuentro de Jóvenes Investigadores de la AHC*, Granada, Universidad de Granada, 2010.

¹⁵ Cruz Martínez, R. *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*. Madrid, Siglo XXI, 2006, 261-329.

¹⁶ Vid. Di Febo, G. *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista*. Desclée, Bilbao, 2002.

¹⁷ *El Adelantado de Segovia*, 2 de mayo de 1941.

¹⁸ Nuñez Seixas, X. M. *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006, 40-62. Vid. García Cárcel, R. “Los mitos y la historia de España”. Conferencia pronunciada en el Ciclo *La Guerra de la Independencia: la construcción del imaginario*. Madrid, 26 de febrero de 2008.

¹⁹ Fraser, R. “La Guerra de la Independencia a la luz de la Guerra Civil”, *Historia, antropología y fuentes orales*, 42, 2009, 129-136

²⁰ Esdaile, Ch. *La Guerra de la Independencia. Una nueva historia*, Barcelona, Crítica, 2004, 86-7.

²¹ Pemán, J. M. “Dos de Mayo” en: *Arengas y crónicas de guerra*. Cádiz, Establecimientos Cerón, 1937, 86.

²² Álvarez Junco, J. “The Nation-Building process in Nineteenth-Century Spain” en: Mar-Molinero, C.-M. y Smith, A. (eds.). *Nationalism and the nation in the Iberian Peninsula: Competing and conflicting identities*. Oxford, Berg, 1996, 92-93.

²³ *Ideal*, 2 de mayo de 1937.

²⁴ Peiró, I. “Políticas del pasado: La Guerra de la Independencia en el franquismo” en Forcadell, C. et al. (eds.). *Discursos...* op. cit., 165-253.

²⁵ Álvarez Lastra, M. y De Orte Martínez, E. *Formación del espíritu nacional. Cuarto cursos de Bachillerato*. Madrid, Gráficas Canales Castillejos, 1955, 49.

²⁶ *Voluntad*, 2 de mayo de 1940.

²⁷ Menéndez Pelayo, M. *Historia de los heterodoxos españoles*. Santander, Sociedad de Menéndez Pelayo, 1978, Vol. 2, 732-733. (Edición original de 1888).

²⁸ *Arriba*, 3 de mayo de 1939.

²⁹ García Cárcel, R. *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la Guerra de la Independencia*, Madrid, Temas de Hoy, 2007, 76-77.

³⁰ La poesía en *Diario Mercantil de Cádiz*, 18 de marzo de 1912; El uso del elemento religioso en la propaganda en «Manifiesto a los franceses» recogido en Delgado, S. (ed.). *Guerra de la Independencia, proclamas, bandos y combatientes*, Madrid, Editora Nacional, 1979, 384-394.

³¹ Vid. Dufour, G. “La visión francesa en la Guerra de España”, en De Diego, E. (dir.). *El nacimiento de la España contemporánea*, Madrid, Actas, 2008, 35-54; y del mismo autor *Goya durante la Guerra de la Independencia*. Madrid, Cátedra, 2008;

³² Véase Artola, M. *Los afrancesados*, Madrid, Turner, 1976, pp. 56-59; y Menéndez Pelayo, M. *Historia...* op. cit., 688-693.

³³ Álvarez Lastra, M. y De Orte Martínez, E. *Formación del espíritu nacional...* op. cit., 69; Suñer, E. *Los intelectuales y la tragedia española*. San Sebastián, Editorial Española, 1938.

³⁴ Sevillano Calero, F. *Rojos: la representación del enemigo durante la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2007; Anderson, P. “In the interests of justice? Grass-roots prosecution and collaboration un francoist military trials, 1939-1945”, *Contemporary European History*, 2009, 18 (1), 25-44; Bartov, O. “Defining Enemies, Making Victims: Germans, Jews, and the Holocaust”, *The American Historical Review* 103 (3), 1998, 771-816.

³⁵ *Ideal*, 2 de mayo de 1937, *ABC Sevilla*, 19 de septiembre de 1936 y *El Diario Palentino*, 2 de mayo de 1938.

³⁶ Fernández Arias, A. *Madrid bajo el terror. (Impresiones de un evadido que estuvo a punto de ser fusilado)*. Zaragoza, Librería General, 1937; La cita

en Cruz Rueda, A. *Por España. (Crónicas patrióticas)*. Granada, Librería Prieto, 1937, 23-24.

³⁷ *Ideal*, 5 de septiembre de 1936; *La Vanguardia*, 2 de mayo de 1940; y Olmedo, A. *La flecha en el blanco. Diario de Guerra*. Cádiz, Establecimientos Cerón, 1937.

³⁸ Pemán, J. M. «Dos de Mayo»... op. cit., 87-90.

³⁹ Vid. García, H. “¿El triunfo del dos de Mayo?: La relectura antiliberal del mito bajo el franquismo” en: Álvarez Barrientos, Joaquín. (ed.). *La Guerra de la Independencia en la cultura española*. Madrid, Siglo XXI, 2008, 367; Núñez Seixas, X. M. *¡Fuera el invasor...* op. cit.; y Moret Messerli, F. *Conmemoraciones y fechas de la España nacional-sindicalista*. Madrid, Vicesecretaría de Educación Popular, 1942.

⁴⁰ Decreto número 253, BOE 13 de abril de 1937.

⁴¹ Cenarro, A-. “Los días de la “Nueva España”: entre la ‘revolución nacional’ y el peso de la tradición”, *Ayer*, 2003, 51, 115-134; Hernández I Martí, G. M. *Las fiestas en valencia bajo el franquismo, 1939-1975*.- Valencia, Universitat, 1993.

⁴² BOE, 13 de abril de 1937.

⁴³ Gentile, E. *Il culto del littorio: la sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*. Bari, Laterza, 1993.

⁴⁴ Prat Canos, J. “Aspectos simbólicos de las fiestas” en Velasco Maillo, H (coord.). *Tiempo de fiesta: Ensayos antropológicos sobre las fiestas en España*. Madrid, Alatar, 1982, 160; Hernández i Martí, G. M.. *La festa reinventada. Calendari, política e ideologia en la València franquista*. Valencia, Universitat, 2002, 15

⁴⁵ Bajtin, M. *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Barcelona, Barral Editores, 1971 [1965], 14-16.

⁴⁶ El historiador Michael Richards ha constatado como algunas de las presas malagueñas que habían incluso realizado actos de iconoclastia se mostraron fervorosas amantes de algunas procesiones de Semana Santa, “Morality and Biology in the Spanish Civil War: Psychiatrists, Revolution and Women Prisoners in Málaga», *Contemporary European History*, 2001, 10:3, 395-421. Véase del mismo autor. “Presentando armas al santísimo sacramento”: guerra civil y Semana Santa en la ciudad de Málaga”, 1936-1939” en Richards, M. y Ealham, C. (coords.), *España fragmentada. Historia cultural y Guerra Civil española*. Granada, Comares, 2010, 253-286.

⁴⁷ Radcliff, P. *De la movilización a la Guerra Civil. Historia política y social de Gijón (1900-1937)*. Barcelona, Debate, 2004, 209-221; Demange, C. *El Dos de Mayo. Mito y fiesta nacional (1808-1958)*. Madrid, Marcial Pons y CEPC, 2006, 11-15 y 270-271; Cruz Martínez, R. “Guerra hasta la última tapia. La historia se repite ciento treinta años después”, en Álvarez Barrientos, J. (ed.). *La Guerra de la Independencia...* Op. Cit., 331-333.

⁴⁸ Las citas en *Voluntad*, 2 de mayo de 1939 y *Yugo*, 2 de mayo de 1942.

⁴⁹ *Patria*, 2 de mayor de 41; *Patria*, 2 de mayo de 1942; *ABC Madrid*, 2 de mayo de 1943.

⁵⁰ *Azul: órgano de la Falange Española de las JONS*, 3 de mayo de 1937; *Ideal*, 3-5-1937.

⁵¹ Box Varela, Z. *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza, 2010, 211-220.

⁵² Saz, I. “Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados”, *Ayer*, 2007 68, 137-163.

⁵³ *Patria*, 3 de mayo de 1938.

⁵⁴ *Ideal*, 2 de mayo de 1940; *Diario Palentino*, 2 de mayo de 1938, *Azul*, 3 de mayo de 1938, *Voluntad*, 3 de mayo de 1939.

⁵⁵ Disposición recogida en el diario canario *Falange*, 30 de abril de 1940.

⁵⁶ Véase por ejemplo, *Patria*, 3 de mayo de 1939 y *Azul*, 3 de mayo de 1939; Las palabras de Antonio Gallego en *Patria*, 3 de mayo de 1940.

⁵⁷ *Los Sitios de Gerona*, 3 de mayo de 1947; *Guadalajara*, 3 de mayo de 1947. *Voluntad*, 4 de mayo de 1948.

⁵⁸ *Patria*, 2 de mayo de 1951; *Voluntad*, 3 de mayo de 1948.

⁵⁹ *ABC Madrid*, 3 de mayo de 1951.

⁶⁰ *ABC Madrid*, 3 de mayo de 1953.

⁶¹ Saz Campos, I. *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003, 379-396.

⁶² *La Vanguardia*, 2 de mayo de 1947.

⁶³ Decreto de 10 de julio de 1958, BOE, 14 de junio de 1958.

⁶⁴ VV. AA. *La Guerra de la Independencia y los Sitios de Zaragoza*, Zaragoza, Universidad-Ayuntamiento, 1958, 609-625, Cit. en Peiró, I. “Políticas del pasado... op. cit.

⁶⁵ Vid. Aguilar Fernández, P. *Políticas de la memoria y memorias de la política*. Madrid, Alianza, 2008, 177 y ss.

⁶⁶ Peiró, I. “Los Sitios de Zaragoza y la Guerra de la Independencia en 1958: las conferencias de la Cátedra “General Palafox” en *La Guerra de la Independencia Española: una visión militar. Actas del VI Congreso de Historia Militar*. Zaragoza, Ministerio de Defensa, 2009. 54-66; *Falange: diario de la Tarde*, 3-5-1958.

⁶⁷ Chamorro Martínez, M. *1808/1936: dos situaciones históricas concordantes*. Madrid, Doncel, 1975.